

RESEÑA DE *PLAZA DE LOS LOBOS 1968-1977*

REVIEW OF *PLAZA DE LOS LOBOS 1968-1977*

María José Frápolli

10.26754/ojs_arif/arif.2024211179

Isabel Alonso Dávila (coord.): *Plaza de los Lobos 1968-1977. Memorias de estudiantes antifranquistas de la Universidad de Granada*. Grupo Editor: José María Alfaya, Arturo González Arcas. Editorial Universidad de Granada, Granada 2024.

Este es un libro imprescindible. En este diagnóstico coincido con la anterior rectora de la UGR, D.^a Pilar Aranda Ramírez, cuando afirma en el prólogo que el libro “es uno de los pasos necesarios en ese proceso de recuperación de la Memoria Democrática y de reconocimiento de quienes pusieron su vida en peligro por ayudar a construir una sociedad más justa”. Es también un libro modélico por la manera en la se ha gestionado y por la respuesta de la universidad. En 2021, cuando trascendió la noticia de que la universidad de Granada había adquirido el edificio de la calle Duquesa en el que estuvo la Jefatura Superior de Policía, Carmen Morente, estudiante de Magisterio y de Geografía e Historia en la década de los 70 del pasado siglo, propuso solicitar a la rectora la colocación de una placa que recordara a los alumnos de la universidad detenidos y torturados en las dependencias de ese edificio durante los últimos años de la dictadura. La propuesta fue tomando forma con la creación de un grupo de wasap compuesto por antiguos alumnos que habían sufrido la represión y que estaban dispuestos a gestionar la petición ante la universidad. Muy poco después, el 19 de enero de 2022, en la inauguración de la exposición sobre memoria democrática que se presentaba en el Palacio de la Madraza, Pilar Aranda se comprometió a llevar adelante la iniciativa. La colocación de la placa tuvo lugar el 2 de junio de ese mismo año con la presencia de la rectora y el vicerrector de política institucional y planificación y actual rector de la UGR, D. Pedro Mercado Pacheco. El discurso de Pedro Mercado aparece como epílogo del libro.

Trece antiguos alumnos de la universidad de Granada describen sus recuerdos en aquellos años turbulentos cuando ya se veía el final del franquismo, pero

en los que todavía las estructuras eran las de la dictadura. Esas estructuras no se han desmantelado completamente. Tenemos claras pruebas de ello en el funcionamiento de algunas instituciones que, aunque consiguieron un cierto prestigio prestado como garantes de la democracia gracias al silencio cómplice de algunos y seguramente bienintencionado de otros, poco a poco van mostrando que la carcoma de la dictadura no se ha saneado por completo. Para que nadie tenga que imaginar, estoy pensando en el ejército, los jueces y la jefatura del Estado, al menos en la figura de su anterior ocupante. Y tampoco ha habido una reparación a las víctimas de esos años, como denuncia José Antonio González Alcantud.

Todos estos textos son especiales porque todos hablan desde el corazón. Y para las que ya tenemos mucho camino recorrido, sorprende y emociona ver lo jovencísimos que eran estos protagonistas que sufrieron vejaciones y torturas en la comisaría de la Calle Duquesa, que no en la Plaza de Lobos, según se ve en la detallada explicación del lugar que ofrece Arturo González. A veces simplemente por realizar pequeñas travesuras, como explica Bernabé López. Eran niños contra el sistema, con unas vidas duras, no hay más que leer lo que cuenta Laureano Sánchez en su capítulo “Los hijos del Salustiano”, pero con el objetivo claro de estudiar, de formarse y de construir una sociedad mejor, como atestiguan los escritos de José María Alfaya, Javier López Gijón o Tomás Navarro Aparicio. Inquieta comprobar que entre los miembros de las fuerzas de seguridad los había de todo tipo, había personas compasivas, como ese gris amable que compartió un termo de café y un trozo de tortilla de patatas con Juana García, pero también patéticamente crueles, como el Fernández que ella misma describe o los que participaron en las palizas que relata Fernando Wulff. Y produce una mezcla de miedo, hilaridad y casi ternura comprobar la ignorancia profunda de esos policías que registraban los domicilios en busca de pruebas de la supuesta traición al régimen, requisando todo lo que oliera a o incluyera en sus títulos la palabra “libertad”. Y, por supuesto, los libros en francés eran ya directamente sospechosos, como cuenta Isabel Alonso.

Conmueven las historias de solidaridad que se producían en el entorno de la cárcel, un ejemplo es el sistema de comunicación entre los módulos de hombres y mujeres —cartitas en papel de fumar— que organizaron Rosario Mora y su marido Cayetano, que queda descrito en el capítulo de Lola Parras. Llegan al corazón los amores de juventud que han sobrevivido a circunstancias muy adversas y al paso del tiempo, las historias de Juana y Josechu y de Socorro y Jesús dan fe de que el amor y el compromiso son más fuertes que el miedo y la distancia. Y quedan reflejadas otras relaciones de familia, como el enternecedor homenaje que

Carmen Morente regala a su madre, la Carmela. ¡Cuánto tuvieron que sufrir esas madres y padres sabiendo a sus hijas e hijos en manos de esos descerebrados que habitaban la comisaría! Algunos reaccionaron mejor que otros, algunos apoyaron a sus hijos e hijas y otros los repudiaron, pero quiénes somos nosotros ahora para juzgar las circunstancias de cada uno, el miedo y la presión social. Los estudiantes sufrieron los abusos en primera persona, pero toda la sociedad fue víctima del clima de terror y represión.

Iniciativas como la que este libro supone nos dan esperanza. Nos conforta ver que la conquista de la democracia fue una empresa plural. Pero no es solo pasado lo que este libro tiene que enseñar. Las nuevas generaciones tienen que aprender a estar vigilantes. Lo que ahora nos parece normal, los derechos conseguidos, de reunión y de expresión entre otros, no siempre estuvieron garantizados y ahora se ven amenazados, aunque solo puntualmente. Y si no seguimos empujando juntos en la dirección del desarrollo de la democracia, no es imposible que los tiempos pasados, a los que algunos irresponsablemente apelan, vuelvan.

Hay que leer este libro, hay que explicarlo y hay que hacerlo circular. Es una obligación democrática.

María José Frápolli
Universidad de Granada
mjfrapolli@gmail.com